

Jennifer García Acevedo

Escribir lo invisible

· antología personal ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

Escribir lo invisible

· antología personal ·

ISBN 978-958-49-0933-6

©Jennifer García Acevedo

©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra

Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve

Desarrollo de la Aplicación PoetApp: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la Convocatoria de Estímulos 2020, Unidos por la Cultura: Modalidad: El almacén de las palabras.

Jennifer García Acevedo

Escribir lo invisible

· antología personal ·



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

ESTE LUGAR DE LA LUZ

Dijo Saint-John Perse: “¡Muchas cosas sobre la tierra por oír y por ver, cosas vivas entre nosotros!”, y no se equivocó en decirlo, pues ¿qué vemos de las cosas, sino su sombra? Más allá del círculo que rodea los ojos, los peces son también navegantes de la tierra, y los pájaros sucumben en las cortinas del agua bajo vuelos giratorios. Posiblemente el viento contenga un olor más allá de todo, pero le asignamos el del vino, el de la arcilla, el de la sangre, el de la carne que hierve sobre la madera. No hemos sabido darle un olor a la ausencia, pero como es debido decimos: esa mujer olía a pan, los pájaros arrullaban su sueño, por tanto esa mujer olía a pan y a pájaro. Así disimulamos nuestra incapacidad para dar un nombre a las cosas que aún no lo tienen. En el lugar donde el árbol funda su patria, se escuchan los rumores del agua, los animales arrancando las semillas de las copas, el espantapájaros que calcula el trigo, pero en su raíz ningún sonido, ninguna galería de ruidos, aunque sabemos bien que ahí están. Un rey ciego debió habitar entre nosotros haciéndonos creer que lo visto y escuchado no era sino una vaga figuración del sueño, de ahí que ahora lo imposible solo desemboque en ese espacio de la vida.

Cosechando su oído, el hombre al que han llamado loco lidia con la angustia de sentir la voz de dios latiéndole en el oído izquierdo y ve el río cruzar sus manos lo mismo que las piedras. Debe ser que el círculo de su ojo está abierto, pero no puede decirlo y calla. Así en

un lugar del sueño, la grieta de luz atraviesa los límites de la noche y nuestro ojo es ahora un gigantesco péndulo girando en medio de todo. Vemos entonces el alma del grillo cruzando el campo, los valles y las mesetas entablando diálogo con el agua, los buques que navegan sobre la hierba lo mismo que sobre un -cúmulo de olas; escuchamos la voz de los hermanos muertos, la voz del animal doméstico, la voz del reloj que atraviesa los corredores. En este lugar de la luz, hemos aprendido a ver cómo regresan las cosas que siguen estando lejos.

De: *Estaciones de lo invisible*

AJEDREZ

Hemos comenzado a jugar secretamente al ajedrez. No lo sabemos pero con cada puerta abierta, con cada renuncia, con cada movimiento del hueso sobre el tablero imaginario, es otra la partida que se inicia. Algo nos mira desde arriba, manipula los hilos del viento, nos recuerda que entre la desnudez del árbol surge la torre donde nos paramos tercios ante el jadeo de las hojas verdes. De nada nos sirvió nacer y morir tantas veces, de nada nos sirvió ganar y perder. El alba se encendió de igual manera ante la persecución de las manos, los pájaros sobre el agua mantuvieron el equilibrio justo, la lentitud de los barcos sobre el océano no interfirió en la prisa de los años, los martillos golpetearon la carne lo mismo que la lluvia a las hojas metálicas. Jugamos indiferentes ante el movimiento del mundo, plantamos los trocillos de vidrio sobre los tobillos paralizados, aprendimos de memoria la estrategia, la meditamos, la dejamos al fondo tembloroso de nuestra incerteza. Pero cuando creímos haber ganado: ¡Jaque mate! Se escuchó la voz desde el fondo. Cada quien caminó hacia el fin del día y por última vez con la nostalgia del paraíso.

De: *Estaciones de lo invisible*

PLAZA DE MERCADO

Se abre la puerta de la plaza de mercado y el deseo de las mujeres sobreviene. Unas esperan encontrar el río de leche dentro de las jarras marcadas con figuras orientales, otras atienden el balanceo de la pesa que en un lado carga semillas y en el otro frutos de ébano. Así funciona. La cáscara sobre la palma de la mano, el sol verde encima de los manteles. La cosecha de cebada regándose en una esquina de la mesa.

No habitaremos para siempre esta tierra roja, las mujeres de la plaza lo saben, las moscas que se paran sobre el pan fresco, el pa pagayo pintado en un cuadro que venden los indígenas del norte. Todos lo sabemos. No permaneceremos sobre la tierra roja.

Por eso, náufragos en la isla de los objetos, buscamos encontrar al menos una cosa parecida a la permanencia, algo que confunda a la muerte con las bolsas de arroz que cuelgan de las estanterías.

De: *Estaciones de lo invisible*

RETRATO DEL PADRE QUE VIAJÓ A BAKÚ

Antes de que penetrara en los patios con su silenciosa sombra roja, después de su viaje a Bakú, el padre ya había conocido el Islam, caminado la ciudad vieja, el centro de la plaza de fuentes, la playa de las mil y una noches, escuchado a Rain Sultanov en las afueras de un museo, hablado largamente con un amigo acerca de Gari Kaspárov, de Vladímir Akopián. Pues antes que de cualquier cosa padre fue siempre un amante del ajedrez, de las piezas blancas más que de las negras. Ciertamente todo viaje es una preparación, por eso mis hermanos y yo no hemos demorado en el gesto de ese rostro cansado ni procurado las preguntas acerca de la ciudad europea. Simplemente miramos al hombre que descarga por su voluntad las gruesas palabras acerca del tiempo, la geografía y lo lejano que vio estar por un momento a una estrella de la otra. También y sin que se lo preguntáramos, nos ha dicho que prefiere el Lavangi a los kebabs pues nunca le pareció bueno comer cordero. Este es nuestro padre, pese a que la lentitud en su paso nos resulta ahora penosa. Toda meditación, todo recuerdo hacen parte de la fórmula innecesaria, un intento forzoso por recuperar el objeto perdido en el paisaje extranjero. Padre es ahora una piedra inmóvil en el centro del día, algo que nos mira desde el fondo mudo y misterioso, un ser gigantesco que se defiende de las cosas pequeñas, una isla en medio de todas las islas.

De: *Estaciones de lo invisible*

FORMAS DE LA LUZ

Detrás del portón, la luz aparece cruzando cada cosa sin derribarla. No es una luz corriente, es la luz a primera hora, lo mismo que decir, el comienzo de la vida para algún hombre. Damos vueltas a su alrededor, sabemos que durará poco, pero hemos sido atravesados, agujoneados por su claridad. Las abejas, la hojarasca, la piedra, el animal remoto, se someten a ella lo mismo que el moribundo al viaje esperado. Todas las cosas consagradas en esa única ráfaga. Vemos partirse el aire a medio día, y por brevísimos instantes reconocemos a Dios en el paisaje. Dios es el tigre que ruge mientras ve sembrarse lentamente la luz sobre la casa.

De: *Estaciones de lo invisible*

PESCADORES

Un día llegan los que profesan el oficio de la pesca, hablan del mar como de una mujer conocida, dicen que es agua y no sal lo que toca la red cuando es arrojada al vacío. Dentro de los barcos se sostiene la luz como una mano abierta, resistente, igual que el grito sometido a la desgarradura. Los pescadores creen en el agua como los demás hombres creen en Dios, en su lenguaje la palabra sed cobra más valor que la palabra historia, aunque ambas las hayan padecido tantas veces. “Toda el agua del mundo es dulce” dicen los pescadores de río. “Toda el agua del mundo es salada” dicen los pescadores de mar. Desconocen que no es lo mismo nombrar al tigre que nombrar cada una de las manchas verticales que cubren su cabeza.

De: Estaciones de lo invisible

SOBRE NACER

La ley del tiempo nos habla de un número irrecuperable, de una distancia precisa entre dos edades, sin embargo han pasado veintitrés años y siento que aún no termino de nacer. Más allá de un cuerpo consagrado al crecimiento interminable de la raíz entre las venas, más allá de un padre que sostiene con sus huesos la cal y la arena de la casa, más allá de la cicatriz del aire, nada hay que pueda dar testimonio de mi nacimiento. Como sucede con las iglesias viejas, cuando los muros se convierten en el único respaldo de lo deshabitado, y decimos: “Aquí murió un hombre y tal vez vivió”. Pero tras el muro, la luz camina silenciosa sin dejar lugar a la incertidumbre. Sabemos que no fue Dios quien pronunció las palabras, aunque adentro todo hablara de él. Sabemos que fueron los hombres quienes suplicaron por la aparición del mar en el desierto de las manos y presagiaron la grieta por la que asomaría la sed. Ahora vendrán los otros, con sus fórmulas sobre Dios y el tiempo, para desmentir lo dicho. Les señalaré la línea entre la nariz del lobo, sabrán que hay verdades en el mundo que no pueden tocarse.

De: *Estaciones de lo invisible*

DEL OTRO LADO

Una corteza de árbol. Una corteza de árbol de cerezos. Junto a la corteza, la tierra viva. En la tierra se mueven los animales precipitados por un estallido. El estallido se mueve de rama en rama y llega al oído del hombre. El viento hace desplazar el fuego de la chimenea. El hombre se calienta y piensa en el estallido. Los animales huyen de sus escondrijos. El hombre les ve revolcarse desde la ventana. Los animales corren y vuelan hasta la casa del hombre. El hombre cierra la puerta para siempre.

De: *Estaciones de lo invisible*

EN MI DEFENSA

*A ustedes,
por quitarme la potestad sobre mis palabras.*

Dejé de nombrar la poesía como la única patria, incapaz de reconocer por segunda ocasión la voz de dios que latía en mi oído izquierdo o el rugir del tigre que vio caer lentamente la luz sobre la casa. Hubo un día en que quise retornar de mi descanso a las orillas de lo banal y lo efímero, pero sentí piedad por esa extraña alegría que descendió veinte años después y fue a caer al centro de mi carne. Nunca se olvida el país de origen, el águila no olvida el nido donde descansan sus hijos, ni el libro la desgarradura de la hoja, por eso la poesía siempre vuelve a mí, como un destino implacable semejante al abismo de los primeros años. Hay quienes me acusan injustamente, se jactan diciendo que no son más mis palabras ¿y de quién si no? He vivido en las tierras bajas de la incertidumbre, recordando una infancia de trazos incomprensibles, vigilando el árbol eternamente arraigado al centro del patio. Nunca descansé bajo un naranjo, ni vi el mar amarillo que tantas veces nombro, tampoco es verdad que mi padre viajó a Bakú, y que las mujeres de la casa dejaron la puerta abierta antes de la partida. Sin embargo en la hora del sueño todas las imágenes toman una validez absoluta. Nunca escribí sobre aquello que vi, escribí sobre aquello que nunca me será permitido ver, pues dadas las leyes de lo inabarcable, cualquier hombre podría ser forastero de sí mismo y sin embargo reconocerse.

De: Estaciones de lo invisible

SOBRE LA NECESIDAD DE NOMBRAR

“Alguien debe hacerse cargo de lo que no se sabe”

Jorge Cadavid

No existe aquello que no se nombra, solo lo que se nombra existe, dicen los hombres todo el tiempo, pero hay quienes nombran el mar para acabar con la sed del mundo y quienes nombran la fiebre como si revelaran la aparición del sol entre los huesos. Pregunto por lo que existe, y en cambio escucho a las mujeres dar un nombre al hijo que nunca tuvieron, las veo mecer su sombra hasta el amanecer, mientras llenan de leche una vasija de la que nadie bebe. He visto también a hombres ciegos hablar del relámpago como de un objeto conocido, señalar la intensidad de su luz y su recorrido hasta el suelo, luego están quienes aseguran haber visto a Dios de pie sobre el agua. Entre tanta verdad improbable y tanta visión amenazadora, la incertidumbre es nuestro consuelo. ¿O acaso bastaría con nombrar la cuerda imaginaria para que fuera posible sujetarse de ella?

De: Estaciones de lo invisible

SONIDOS

“Alguien muere cada vez que elegimos el silencio”

María Clemencia Sánchez

Cada sonido que viene desde el fondo de la casa tiene la forma de un tigre caminando en puntas. El estremecimiento de las cucharas que caen indecisas sobre las losas, su contacto con el suelo que desencadena en la ilusión del vértigo. Aprendimos a recibir con humildad el sonido de las cosas más tristes: la llave sobre la cerradura, el rayo a mitad del día, las cajas de cartón en las que se inscribía demasiado pronto la señal de las mudanzas. Pero nunca supimos cómo retener el camino del cuchillo trazando un nombre sobre el vidrio, ni el golpe del portón tras la despedida del padre. En la cocina la madre custodía la caída, su papel es el mismo que el de un dios cavando su reino mudo en lo hondo del patio. Al igual que ella las mujeres de la casa aprendieron a rendir su homenaje al silencio, por eso nunca cerraron la puerta antes de la partida.

De: Estaciones de lo invisible

ESCRIBIR LO INVISIBLE

Nada se muestra más cercano que lo nombrado, cada cosa se abre lentamente bajo la aparición de una palabra que la reconoce. Quien vuelve la mirada hacia una región silenciosa entiende esta verdad. Sin embargo, es preciso escuchar el grito para saber que tras él se esconden muchos nombres y la herrumbre también toma su lugar en nuestra boca. Nombramos la sal y el pulso visible de la sangre, el laberinto abierto del mundo, las voces que reclamamos y nos reclaman. Pero solo lo invisible nos pertenece, en cada mano extendida encontramos el temblor de lo conocido, en cada pregunta arrojada al aire, un indicio de ruina. Nombrar lo invisible para reconocer el propio rostro, su correspondencia con los gestos del espíritu, su eterna precipitación al vacío y a la luz. Cuando el día comienza y la sombra del ángel deja de cubrirnos, reaparecen los signos incomprensibles del sueño, el movimiento de la serpiente en un rincón de la cabeza —nombre impuesto a nuestras cavilaciones— y en él la medida del pensamiento lanzado sin pudor sobre la inconsciencia. Extraviados en las visiones del día ignoramos que hay un lenguaje común para lo oculto, para las plantas que permanecieron debajo de la tierra, para las casas que murieron antes de ser construidas. Una intención bajo la que caen el sueño y la realidad de un solo golpe: escribir lo invisible para ver la propia nada habitando la hoja.

De: Estaciones de lo invisible

SOBRE UN CUADRO DE CASPAR DAVID FRIEDRICH

Un barco se multiplica frente a nuestros ojos, de sus velas penden las espadas que aniquilarán a los hombres. Ningún ángel podrá salvarlos ahora que los animales duermen lejos y el paisaje se revela en una caligrafía extraña. Caminan hacia él impulsados por un gesto ciego, extraen la sal de la ola para cubrir su herida, mientras la tarde se cierra y la sangre fluye hacia otros lugares. Nadie es lo suficientemente viejo para morir o lo suficientemente joven para salvarse. En todos se revela la sombra y la intemperie. Ahí surge el misterio, bajo los signos secretos del aire, en el vértigo que no distingue de nombres, en la universalidad de la muerte y de la luz. Aquellos que vagan por la vida como por una estancia del sueño comienzan a desconocer su destino, observan el incendio en el río y no temen, escuchan el canto de los ahogados, tocan las puntas de las lanzas, y cuando el asesino señala con su rifle, cierran los ojos y esperan. Eso que los lleva a su descenso, los acerca también al origen, en el que extraviados, con la plena ignorancia del mundo, se arrojan al mar y ven sus manos salir a la superficie. A diferencia de ellos, poco puede decirse de los que conocen la inmolación y la niegan, esos que nunca aprendieron de la mosca y su fugacidad o recibieron con humildad los estragos del invierno, para ellos la muerte es una casa lejana, repleta de huéspedes y campanarios, donde nadie más debe entrar. Al final del día no hay que insistir en la permanencia y esconderse. La tierra siempre abre su pecho para encontrarnos.

EL CENTRO DE LA FIESTA

La infancia es una casa sin huésped, dices. Y tu palabra ahuyenta a los que cantan. Basta un gesto para saber que permanecen ciegos a la sombra de la orquesta, detenidos en la madera del oboe, indiferentes al lenguaje secreto del mundo. La infancia es una casa sin huésped, insistes, pero nadie responde. Extraviados, tocan las cuerdas invisibles del aire, mientras sus voces se agolpan, cercanas y diferentes como letras de un mismo alfabeto. La infancia es una casa sin huésped, te oigo decir tantas veces, pero el sonido del timbal es todo cuanto existe, más allá de eso, poco importan tus cavilaciones, tu condición de asmático en la habitación cerrada, tu memoria atravesada por la herida. Esto es lo que temen. Escuchar a un hombre hablar desde la orilla oscura cuando las puertas de la fiesta se abren y Dios baila en su centro.

SOBRE LAS JAULAS

Allí donde el animal atiende la urgencia de huir, donde la luz desaparece y el grito se hace carne en un lenguaje incomprensible, ningún Dios habla. Todos saben de esas prisiones detenidas en el tiempo, con sus voces huérfanas y sus formas laberínticas. Pasan de largo como por un puerto destruido, tocan sus barrotes como si tocaran los utensilios cotidianos, y en el rostro del tigre cansado advierten una ruina que no es la suya. La permanencia del animal en la jaula semeja la caída del hombre hacia un mundo que lo desconoce, el cuerpo que se precipita, ciego, resistente a los hilos que cortan los dedos. Cada descenso trae consigo una sentencia de huesos y ceniza trazada sobre la frente, una pulsación del índice sobre la región oscura, un ojo que despierta cuando todo se ha ido. Tarde reconocemos que en la boca del tigre también se revela nuestra herida abierta.

SETENTA Y CUATRO VECES

*“El eco de ninguna voz toma la palabra
Y aclara con entusiasmo los secretos de los mundos”*

Wisława Szymborska

Haría falta decir la palabra “tierra” setenta y cuatro veces, para entender la complejidad del mundo y su amplitud inquebrantable. Setenta y cuatro veces porque siete son los días que sumados a otros siete y en una sucesión infinita hacen la vida del hombre. Cuatro, porque es el número de horas que he tardado en entenderlo. He pensado en la tierra con la conciencia del bien y del mal, he recordado el instante en que vagamente caí al sueño y una mano pareció alcanzarme desde el fondo con su puñado de agujas imaginarias y conté con la suerte de desaparecer a tiempo. A pesar de todo eso, en esta hora, mi cuerpo se encuentra en buen estado, las cosas firmes sobre el escritorio, ninguna reclamación del cielo. Concluyo que ni el sueño, ni la conciencia de una cosa y de otra logran dañar definitivamente al hombre. Pero un número, un número ha bastado para poner sobre mi mesa la claridad e incertidumbre de todas las cosas, sin necesidad de atravesar la frontera para viajar a otro país, sin necesidad de enumerar una tras otra las respuestas que el libro de historia me ha puesto por delante. Setenta y cuatro veces digo tierra y el mar se abre ante los ojos con la rebeldía de las cosas olvidadas, setenta y cuatro veces y en otro país bajo el sol se da inicio a una guerra, setenta y cuatro veces y veo a las mujeres llegar a sus aldeas con su misma carga de todos los días. Todo se ajusta a una cifra hecha a la medida de las casualidades, pero la realidad exige vivir cada cosa antes de dar testimonio de ella, no es conveniente intervenirla aunque haya signos y señales, más oportuno abrir la jaula de un pájaro y decir: “Esto es la libertad” aunque en el nacimiento hayamos tenido la única prueba de ella y no nos diéramos cuenta.

De: *Estaciones de lo invisible*

ÍNDICE

ESTE LUGAR DE LA LUZ · 7 ·
AJEDREZ · 9 ·
PLAZA DE MERCADO 10 ·
RETRATO DEL PADRE QUE VIAJÓ A BAKÚ · 11 ·
FORMAS DE LA LUZ · 12 ·
PESCADORES · 13 ·
SOBRE NACER · 14 ·
DEL OTRO LADO · 15 ·
EN MI DEFENSA · 16 ·
SOBRE LA NECESIDAD DE NOMBRAR · 17 ·
SONIDOS · 18 ·
ESCRIBIR LO INVISIBLE · 19 ·
SOBRE UN CUADRO DE CASPAR DAVID
FRIEDRICH · 20 ·
EL CENTRO DE LA FIESTA · 21 ·
SOBRE LAS JAULAS · 22 ·
SETENTA Y CUATRO VECES · 23 ·

*

Jennifer García Acevedo (Medellín, 1995) Sus poemas han sido publicados en diferentes revistas nacionales e internacionales. Premio Nacional de Poesía José Santos Soto (2019). Ha participado en festivales internacionales de cine y literatura, entre ellos el Festival Internacional de Poesía de Medellín, que organiza y convoca la revista Prometeo. Algunos de sus poemas han sido traducidos al Inglés, vietnamita y árabe. Es fundadora y directora del [Festival internacional de Poesía de Fredonia](#) (Colombia). Ha publicado *Estaciones de lo invisible* (Sakura ediciones, 2019).

*





Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña
Colección Yarumo



NUEVAS VOCES

